

La verdadera figura del que fué Párroco de La Puebla de Arganzón durante la guerra de la Independencia

En «El equipaje del Rey José», uno de los episodios nacionales de Benito Pérez Galdós, aparecen en primer plano, como personajes destacados, el Párroco de La Puebla de Arganzón, a quien él llama Don Aparicio Respaldiza y otro caballero al que él llama Don Fernando Garrote. Ambos sienten hervir en sus venas la llama del amor de la patria vejada por el francés, y el fervor de la defensa de la religión ultrajada por los soldados de Napoleón que al fin son los soldados de la Revolución francesa, impía y atea, y en una mañana del luminoso junio, próxima la batalla de Vitoria, triste final del dominio francés en España, por las puertas de la villa, seguidos de otros convecinos, entre los aplausos de unos y las aclamaciones de los otros, salen a la guerrilla.

Mas cuando la ocasión era propicia para que Galdós coronara a ambos por su patriotismo, fe y valentía, con la laurea de la victoria o al menos con la de una muerte heroica, esforzada y cristiana, mancha a ambos con denigrante borrón. No logran ponerse en contacto con otras guerrillas o con las fuerzas españolas y caen prisioneros en manos del francés.

En Ariñez muere lleno de oprobio el párroco de La Puebla de Arganzón, casi olvidado de Dios, pues hasta los últimos momentos para nada se acuerda de la religión, ni de Dios, olvidado de su ministerio sacerdotal, pues le hablan de confesión y de preparación para la muerte y no acierta a caer en la cuenta de que es él, el que debe ayudar a bien morir un alma, adulando con servilismo a sus guardianes en actitud poco digna y lleno de miedo y cobardía.

En Ariñez, y en su prisión, se suicida también el caballero Don Fernando Garrote. No hay corona de laurel de victoria para ellos; pero tampoco siquiera epitafio de heroísmo, de muerte digna y cristiana.

Habiendo yo sucedido, después de más de un siglo, en el cargo parroquial al mencionado personaje de Galdós, tentóme varias veces la idea — ape-

nas leí el libro de éste — de ver qué de cierto podría haber sobre estos personajes, sobre todo en cuanto a mí antecesor en la parroquia.

¿Era personaje verdaderamente histórico y real o era sólo una creación de un escritor que había situado su acción en un pueblo próximo al lugar donde se había dado la batalla de Vitoria, un personaje novelesco, no existente, creación intelectual e imaginaria? o en tercer caso ¿era un ser verdaderamente existente y real, pero desdibujado, falseado, aun calumniado por la pluma de Galdós que casi siempre mancha cuando trata de religión?

Es evidente desde luego que párroco habría por estas épocas en La Puebla de Arganzón, y, por tanto, verdaderamente es un personaje existente y real el párroco de La Puebla de Arganzón, pero sería inexistente a nuestro objeto, irreal, imaginario, puramente legendario, si nada hubiera tenido que ver con los hechos del episodio, si fué ajeno a las escenas que se narran y a los sucesos que se realizaron por estas tierras en la primera mitad del año 1813, fecha de la batalla de Vitoria.

Para mí es evidente que hay algún fondo de verdad en todo lo narrado, aunque la verdadera realidad se aleje bastante de lo descrito por Galdós.

Por todo ello consulté el archivo parroquial, los libros parroquiales principalmente y algunos otros documentos que se guardan en el mismo.

Por una parte me enorgullecía de su gran temple español, de su valentía y patriotismo, de su intrepidez y de su fe, al salir al campo de batalla, a la guerrilla — la gran estrategia de los españoles contra el corso, como la ha llamado un autor —, pero por otra me quemaba en el alma aquella confesión que en momentos cercanos a su muerte hace de él Galdós: «...Medio muerto de espanto encomendaba el desgraciado su alma al Señor, y en aquél momento angustioso aquél hombre, no exento de faltas, pero tampoco perverso, *mal sacerdote sin duda*, pero antes por error y falsas ideas, que por maldad, sí tuvo la flaqueza de pedir misericordia a sus verdugos viles, luego que se vió arrastrado irremisiblemente al suplicio, sin vislumbrar remedio, les perdonó a todos y supo morir como cristiano.» (Cap. XX, pág. 181).

El miedo, la cobardía, el espanto, la vileza de pedir misericordia a sus verdugos, de aquél que había salido a defender la Religión y la Patria contra los hijos de la Revolución francesa y contra los extranjeros, me escocía en el alma; pero más me dolía aquello de... «mal sacerdote sin duda, pero antes por error y falsas ideas» como si la política, su amor a España, a la patria, le hubieran ofuscado de tal modo que no hubiera sabido en su vida cumplir con su ministerio sacerdotal, como si trastocando el orden de valores, Dios y Patria, los hubiera ordenado así, Patria-Dios, olvidándose de su carácter sacerdotal, de su propio oficio y ministerio por sus ideas, por su amor a la patria. Confesión solo atenuada por aquello de «...hombre no exento de faltas, pero tampoco perverso». Podríamos decir que Galdós establece las categorías de

sacerdote santo, sacerdote bueno, sacerdote malo y sacerdote perverso. A mí antecesor, Galdós no concedía la merced de llamarle sacerdote santo, ni aun siquiera buen sacerdote, sino le llamaba sacerdote malo y solo le concedía el estar lejos de la perversidad.

Me escocía en el alma y la hacía sangrar aun más cuando leí en el capítulo XXI, pág. 188: «Cuántos habrá que al leer las escenas que acabo de referir, las hallarán excesivamente trágicas... yo aseguro a los que tal piensen que, cuanto he contado, es ciertísimo, y que el lamentable fin de Don Fernando Garrote, no he quitado ni puesto cosa alguna que se aparte de la rigurosa verdad de los acontecimientos... cierta fué también su malograda expedición con el Cura Respaldiza y evidente su desastroso cautiverio y fin horrendo, aunque no le cupo peor suerte que a otros muchos, quier españoles, quier franceses, víctimas entonces del furor de las desenfrenadas pasiones.»

Por todo ello, afanosamente me dediqué a buscar tras las fórmulas canónicas, rígidas y herméticas de las actas de los libros parroquiales, un agujerito por el que saliera algún rayo de luz que nos iluminara y alumbrara la verdadera figura moral, pero verdaderamente real, del Párroco de La Puebla de Arganzón por los años de 1808 y siguientes.

El nombre del párroco de La Puebla de Arganzón

Galdós le llama Don Aparicio Respaldiza. Para mí que el nombre es totalmente imaginado e ideado por el escritor. Don Manuel Ranedo firma la primera partida de matrimonio en 13 de abril de 1806; la primera de defunción en 23 del mismo mes y año, y la primera de bautismo el 8 de mayo de 1806. Antes de él las firma, pero no como Párroco, sino como Cura y Beneficiado de la misma, Don Tomás Ruiz de Loizaga, que continúa muchos años después durante la época en que fué párroco Don Manuel, como beneficiado. La última que firma éste, es el 5 de abril entre las de bautismo, en 3 de abril en las de defunciones y en 6 de noviembre del año anterior de 1805 en la de matrimonios. Por consiguiente, Don Manuel Ranedo debió tomar posesión entre el 5 y el 13 de abril de 1806.

¿Pero era el párroco de quien realmente hablaba Galdós en su episodio, o de alguno de los diversos sacerdotes que como Beneficiados de la parroquia moraban en La Puebla?

Consultados los libros parroquiales, en 25 de octubre de 1810, fecha anterior a la que se supone salió tal sacerdote a la guerrilla, los beneficiados de esta parroquia eran los siguientes:

Don Ventura Salazar
Don Ramón Montoya
Don Tomás Ruiz de Loizaga

Don Juan de Quintana
Don Manuel de Urrechu
Don Francisco Pinedo

En 14 de septiembre de 1814 firman las cuentas de las Capellanías de los años pasados porque los bienes de dichas Capellanías habían sido vendidos por el rey intruso y nada habían podido coger de sus frutos durante esos años, absolutamente los mismos Beneficiados que en 1810. Dicen que hacen las cuentas en bloque de dichos años transcurridos y aun hacen constar que rebajan parte de las rentas porque los campos habían sido destruidos por los franceses en su huída y aun por el paso de los ingleses, y que poco habían producido. Como Galdós dice de su personaje que había sido muerto en Ariñez, no podría referirse tampoco a uno de los Beneficiados, si en 1814 existían todos los que en 1810 figuraban como tales.

Además Galdós habla muchas veces expresamente del Cura, del Párroco de La Puebla de Arganzón y solo una vez como por descuido, y de pasada, le llama el Beneficiado de la Puebla. Es, pues, evidente, que se trataba del Párroco.

Su retrato físico

«Era un anciano fornido y alto, de rostro sanguíneo, duro y tosco, mas no desagradable por cierto, mirar franco y campechano, que le animaba y hasta le embellecía. Su cabeza calva, apenas se exornaba económicamente con un cerquillo de blancos pelos esporádicos sobre las sienes y en el occipucio; su cuerpo era bravío, imponente, recio como de varón hecho a las intemperies, a las luchas con hombres y elementos; vestía negro traje talar llevado con desenvoltura y abierto por delante para poder introducir fácilmente las manos en el bolsillo o cuadrarlas en la cintura como a menudo hacía aquél hombre dueño de dos manos enormes, velludas, que sabían llevar el arado, la espada y la hostia (¿?). Era Don Aparicio Respaldiza, cura de La Puebla de Arganzón.» (Cap. VIII, pág. 65).

Mas bien hemos de tomar esta descripción de Galdós del físico del párroco de La Puebla como una descripción literaria, en la que Galdós además de las frases irreverentes que escribe, aprovecha la ocasión para manifestar su fobia contra la Iglesia presentando a los representantes de la Iglesia por el lado humano y realista exponiéndolos al ridículo. Por lo demás, la delicadeza de espíritu y fina sensibilidad que se manifiesta en sus escritos y su meticulosidad parece que no cuadran bien, con el carácter bravío, imponente, duro y tosco, dueño de dos enormes manos velludas, con que nos lo pinta.

Su salida a las guerrillas

Galdós la describe muy minuciosamente. Sale acompañando a otro caballero de La Puebla a quien llama Don Fernando Garrote, sus preparativos, sus armas, la despedida que les hace el pueblo... etc.

La tal despedida y tal solemne salida no pudo ser real, porque La Puebla estaba ocupada por los franceses y en sus afueras estaban acantonadas las tropas.

Tampoco pudo ser real esta expedición o salida tan corta que no dura más que desde el 19 de junio hasta el 21 del mismo mes, fecha de la batalla de Vitoria. El párroco hacía varios meses que no estaba ya en La Puebla.

Pero ¿es cierto que salió a la guerrilla el Párroco de La Puebla de Arganzón? Los libros parroquiales, el de bautismos y el de difuntos (en el de matrimonios no hay inscripción alguna entre las fechas de ausencia del párroco) nos dan a conocer una ausencia del Párroco en unas fechas precisamente coincidentes con los preparativos de la campaña conocida con el nombre de Batalla de Vitoria y dos fechas posteriores a esta misma batalla en que de nuevo le encontramos en su parroquia.

El 18 de febrero de 1813 todavía está en La Puebla, porque firma una partida de bautismo, pero el 5 de marzo la suscribe ya Don Tomás Ruiz de Loizaga «de ausencia y con licencia del párroco». En el libro de difuntos la última que firma el párroco es en 10 de febrero de 1813, y en 19 del mismo, Don Buenaventura Salazar, firma la primera «en ausencia del párroco y de su comisión».

Parece que hay en los libros parroquiales un silencio misterioso que indica una manifiesta voluntad de ocultar el lugar donde se encuentra el párroco. Dos de los Beneficiados se reparten la carga de los libros parroquiales: uno lleva el de bautismos, el otro el de difuntos y no sabemos si un tercero se encargaría del libro de matrimonios, en el que no se llegó a inscribir partida alguna durante su ausencia, por lo que figura Don Manuel Ranedo firmando todas sin interrupción alguna.

La fecha de regreso, o sea en que ya aparece en la parroquia, es tres días siguientes a la de la batalla de Vitoria. Es el libro de Difuntos el que más pronto nos revela la presencia de Don Manuel Ranedo en su parroquia. El 24 de junio de 1813 ya firma la inscripción de defunción del párvulo Mateo de Ayala. (Después de esta partida inscribe otra de fecha anterior, 18 de junio de 1813; es la del médico de La Puebla que «pareció según el mismo Ranedo nos cuenta, muerto y lleno de cuchilladas, por unos soldados franceses, que después de dejarle sin camisa y casaca, cometieron ese atentado tan común en su retirada»; pero es seguro que él no se encontraba en La Puebla en esa fecha, sino que la inscribió después de su llegada o regreso a La Puebla.)

Estuvo, pues, ausente y quizá por alguna causa o razón relacionada con la guerra o con los franceses.

Recordemos que uno de los más famosos guerrilleros es, por estas regiones, el que ahora era ya Mariscal Longa; que Longa se había casado en La

Puebla y de aquí había salido a la guerrilla; que muchos de sus guerrilleros serían del mismo La Puebla, feligreses de Don Manuel; que Don Manuel había casado a Longa y le había bautizado a su primer hijo; que la guerrilla de Abecia, primera en salir a la lid por estas tierras, a la que se había de unir Longa adquiriendo sobre ella preeminencia, contaba con parientes distinguidos entre sus feligreses, si ya no la misma ilustre familia Abecia que mora en La Puebla es la misma que da tal guerrillero Abecia; que dos de los hermanos de la mujer de Longa aparecen también como guerrilleros, Don Pedro, como Capitán de Infantería, y Don Vicente, como Capitán de Caballería; que las relaciones con la tal familia de Longa por parte de nuestro párroco debieron ser cordialísimas, pues en la visita pastoral que en el año 14, poco después de la guerra de la Independencia, hace el Obispo de Calahorra, es nombrado como padrino de la Confirmación, el padre político de Longa; que aparece por estas tierras al mando de la división Iberia el ya mariscal Longa en unión de las tropas inglesas y portuguesas.

Todo ello me induce a pensar que el Párroco de La Puebla salió de su parroquia por algunas dificultades que tuvo con los franceses. Quizá estos pensaron que Don Manuel, como párroco, habría ejercido poderosa influencia para que Longa, Abecia, Don Pedro, Don Valentín y otros más... todos feligreses suyos hubieran salido a la guerrilla. Tal vez por sus buenas relaciones con dicha familia es adecuado ayudar a los guerrilleros. Quizá llegó a ser molestado en algo o aun perseguido por los franceses. Por eso huye de la parroquia. Pudo muy bien retirarse de su parroquia, lugar frecuentadísimo por los franceses, por estar en la carretera o camino real a Francia por donde iban y venían de continuo fuerzas francesas y correos y órdenes franceses, y esperar la liberación desde algún pueblecito más retirado y escondido. Quizá pudo temer que a él le sucediera lo que le acaeció al médico mismo de La Puebla, como el mismo Don Manuel nos cuenta, parece que con un dejo de amargura.

ILDEFONSO M. RODRIGUEZ, Pbro.

Lic. en Filosofía y Letras.

(Continuará).